

NO CORRE PRISA...

Por eso, porque no corre prisa, porque somos un pueblo de guitarristas y cantaores, no hay invento que pueda con nosotros.

¿El telégrafo? Pone usted un telegrama ahora, once de la mañana, avisando á su familia, la cual está en Pradanos, que sale usted esta tarde 11 : efectivamente sale usted y no choca con ningún tren, ni descarila usted, ni nada, y llega á Pradanos mañana á las diez de la misma (salvo retraso).

Dos horas después se presenta un señor peatón con un *parte*... Es el telegrama de usted, por el cual pagó una peseta, y otra peseta tendrá usted que dar al señor peatón, quien para justificar la demora, dirá tranquilamente : « Me figuraba yo que no corría prisa. »

Tampoco hay prisa en los trenes del ferrocarril.

— ¡ Venta de Baños ! ¡ Ochenta y dos minutos de parada y fonda ! ...

Es cómodo. Usted puede bajar del tren, visitar el

pueblo, afeitarse, bailar un tango con el ama del cura, y todavía le sobra tiempo.

« Pero... ¿qué prisa tiene usted? »

No, « no corre prisa ».

Espera usted hoy una carta avisándole la muerte de toda su familia en Consuegra, culpa de los adobes y adoquines. Sabe usted que la carta salió ayer, que debe llegar hoy, pero no llega. « ¡Á qué tantas prisas! »

« Lo mismo da hoy que mañana. »

Y por eso sale usted de la Puerta del Sol en el tranvía de la calle de Fuencarral y llega á Chamberí mañana á las once de la misma. ¡Venta de Baños! ¡Cinco días de parada y fonda!

Y el tranvía no puede ir con mayor velocidad. Lo primero, porque se estropea el ganado y... ¡nada más respetable que una mula! Lo segundo, porque el tranvía tiene que detenerse á cada paso para que suban tales ó cuales personas, que le han hecho señas de que pare, y echan su parrafito antes de subir, y van á alcanzarlo sin prisas, con la tranquilidad del mundo, y ya con el pie en el estribo se despiden afectuosamente, dándose las manos y expresiones á casa.

Además, el tranvía no puede atropellar á los buenos vecinos que están en el arroyo, formando grupos pintorescos, con los brazos en jarras (por no estorbar al transeúnte), y con las colillas pegadas á los labios... Y luego, que no conviene viajar velozmente, porque se expone el viajero á un choque ó cosa así, y en fin, que no hay prisas.

Aquí está contento todo el mundo con su suerte. Si se lo lleva á usted el Amarguillo, « no hay que apresurarse »: si llega usted á su casa con nueve horas de retraso (y sin fonda), « ¿qué más da? » si se encuentra usted detenido de buenas á primeras en Las Matas y no tiene que llevarse á la boca, *pues* se embute usted un pedazo del chorizo de un viajero que lo divide en cachitos con una navaja de cortar callos, ó sale usted de caza, « porque hay tiempo », y vuelve al apeadero con un gato muerto, y si no hay cama donde echarse, se *lia* usted en la manta sobre un banco de pintado pino... « ¡y andando! » En habiendo alegría, aunque no haya pan.

Y quédense para mañana los negocios de hoy, y vengan atropellos y lluevan calamidades, en la seguridad de que nadie protestará, « porque somos sufridos, pero *mu* sufridos »; y nuestro ejército no es como el inglés que necesita comer y beber bien. Nosotros, con el general *No Importa*, con unas judiitas y en alpargatas y con trajes de percal, peleamos un mes seguido ».

Un pueblo así, sin prisas (en el siglo de los yankees), dejando para mañana lo que puede y debe hacer hoy, merece un diluvio sin arca de Noé (para que no queden animales de ninguna especie), un diluvio que lo arrase todo, absolutamente todo, y que transforme la comarca en inmenso lago sobre el cual floten guitarras y panderetas...

LITERATURITIS CRÓNICA

Vivimos de milagro. Como todos, cual más, cual menos, estamos locos de remate, ó camino de Leganés, no hay que asombrarse de que abunden los médicos que, olvidando la seriedad del *sacerdocio*, se dedican á dramaturgos en coplas, ó en prosa vil, ó lo que es peor, á periodistas al día.

Esto es muy grave, porque no se puede tener confianza en un doctor que mientras examina la lengua de usted ajusta una redondilla para el *Madrid Cómico*, fragua un drama para la Princesa, ó habla á usted del *arrepentimiento y la desesperación* de Espronceda...

Yo me explico por eso la mortalidad de Madrid, y me extraña que todavía quede un vecino para contarle. Médicos perfumados que gastan cestitas de raso azul para pesar criaturas, y dirigen coplas al firmamento azul... ¡El enfermo muere irremisiblemente!

De esto y de otras cosas tiene la culpa Zola. Yo creo que el autor de los *Rougon* es en la literatura del siglo una especie de Jesucristo, y que para reverenciarlo como se merece debemos levantar en honor suyo templos, capillas ardientes, en donde nos prosternemos humildemente todos los días, invocando las bondades de su corazón, grande y triste. Pero creo también que no debemos ni podemos imitarle. Zola es... Zola *y no va más*.

Siendo, como es, un hipnotizador, porque su genio deslumbra y ciega, ha hecho sin querer muchísimo daño en España; y si puede asegurarse que es rara la novela española que no contiene una reminiscencia ó un calco, cuando no un plagio, de alguna obra del gran maestro de todos puede asegurarse también que no hay novela española sin su correspondiente curso de medicina... Todo porque Zola estudia en los *Rougon* las enfermedades de una familia.

Puesto que los novelistas no pueden hacer obras sin emplear en ellas términos terapéuticos, ó como se llamen, los médicos, no queriendo ser menos, se dedican á recetar en prosa poética.

En lo más grave de una operación quirúrgica, cuando le han abierto á usted en canal, el cirujano interrumpe la operación y declama ante ustedes, estupefactos, una oda al Manzanares.— ¡Debe de ser espantoso el sufrimiento de un hombre á quien se acaba de hacer, por ejemplo, el lavado de las tripas, y se le obliga á oír versos de un cirujano!

La medicina, desde del tiempo de Hipócrates (si

Hipócrates no es una broma de mal género), no inspira confianza al enfermo.

Con solo leer que cada uno de los medicamentos sirve para cincuenta cosas y casos, le tiemblan las carnes al más despreocupado. Se mete usted en cama porque experimenta tales ó cuales síntomas, precursores de la viruela, pero abre usted por distraerse un tratado de embarazos, y se convence usted de que está en estado interesante. Resulta que todas las enfermedades se parecen, y que, exceptuando alguna que otra, los médicos aciertan *por casualidad*. Es algo así como un pleno en la ruleta de la vida.

Y si tenía fundamento la desconfianza del enfermo cuando los médicos no se metían en dibujos — porque Hipócrates era muy serio, según me han dicho — claro está que esa desconfianza está más justificada ahora que los Galenos son conferencistas, poetas, dramaturgos, novelistas, *etcétera, etcétera*. Así andan, y yo he visto en África á un doctor que ejerció de dramaturgo en Madrid, haciendo pitillos turcos para ganarse el pan de cada día.

Más, mucho más que á la peste teme el público á los comunicados de los facultativos. Es un horror de comunicantes. Por fortuna, el cólera se ha ido de aquí, con los comunicados respectivos, y ya no oímos hablar de bacilus virgulas y demás historias que nos volvían locos.

La literatura medicofarmacéutica, que hizo ministro á Fabié, ha llegado ya á provincias. ¿Que D. Fulano, cirujano ó albéitar del pueblo, destroza un cliente? Pues no se contenta con eso, sino que pu-

blica un folleto para referirnos la historia clínica y las alternativas del operado.

Día primero. — Verificada la operación cesárea, continúa el enfermo como si tal cosa. Se le pone una inyección, y se le dan dos tazas de caldo, porque no quiso una.

Día segundo. — Se presenta, como es natural, la fiebre; pero no es cosa de cuidado (para el operador). Otras dos tazas de caldo y á sudar.

Día tercero. — ¡Admirable! ¡Prodigioso! El enfermo ha cantado una petenera y oído las primeras estrofas de mi canto á Nicolasa...

Día cuarto. — *Muerte*. No se explica (¡no se ha de explicar después de oír el canto á Nicolasa!) La casa estaba bien desinfectada. Se ha cumplido estrictamente el procedimiento indicado por Trelat. No se explica cómo ha sido, pero el enfermo ha muerto.

Y para contarnos eso... ¡un folleto!

Es horrible. Además, esos señores deberían comprender que no estamos en el caso de entender lo que escriben. Quieren, según dicen, divulgar la ciencia... *ajena*, siendo así que casi todo lo que nos cuentan está tomado ó timado de obras extranjeras, como está tomado de la Neurosis escrita por Leven un bonito artículo que acabo de leer... Por lo general, no se entiende lo que dicen. Recuerdo, á propósito de esto, que un médico definía la linfa Koch, diciendo que era :

« Una solución en glicerina de una ptomaina ó alcaloide orgánica agregado por el bacilo de la tuberculosis en un caldo de cultura. »

Las ptomainas eran ó son más sencillas todavía. Las ptomainas :

« Tienen la propiedad de hacer los campos de cultura, en que están impropios para la vida de las bacterias. »

No podía estar más claro. Pero yo, lo digo sinceramente, no entendí jota de la explicación. Y tampoco entendí que hubiera un enfermo capaz de permitir que le inyectasen una definición así, de ptomaina con tuberculosis, en una taza de caldo de campos cultivados con bacterias impropias.

¡Ese sí que era caldo gordo!

VERY VOLADO

Monsieur Very, dueño del restaurant de su nombre, acaba de ser *volado* en París.

La explosión de la bomba repercute en el viejo continente, ruinoso por el tiempo, podrido por el egoísmo, amenazando derrumbarse por sí sólo en forma de cascotes espontáneos...

Cinco heridos graves; algunas señoras contusas; Very, moribundo, con las piernas rotas; su mujer, como la Carlota de Maximiliano, convulsa y loca; gritos de hombres, ayes de niños; el restaurant convertido en escombros sobre el que aletea tristemente el ave negra de la *Anarquía*...; y Lhérot, el descubridor de Ravachol, proscrito de la vida, caminante al azar con paso tardo de res herida, llevando en su juvenil cabeza la cruel nevada de las injusticias sociales, huirá á través de París perseguido por la sombra de Ravachol. ¡Ah! Si Lachaud pudo llamar á Troppmann « genio del crimen », y pedir que el vulgo se inclinara ante la obra siniestra de aquel asesino, puede asimismo graduarse de genios de la destrucción á esos hom-

bres ignorados y oscuros, verdaderos mineros de la revolución, para los cuales diríase que fué hecha la volteriana frase con que fustigó un pensador la trágica iniciativa de Marat : — ¡ Grande es el reino de Nada; reinemos en ella!...

*
* *

París tiembla de miedo; tiembla por su vida, por sus hermosas habitaciones, por la belleza de sus monumentos, por el sibirismo de sus placeres de insaciable Mesalina. No tiembla ciertamente por Very moribundo.

Y, sin embargo, París ha *volado* á Very. No han sido, no, los anarquistas, ni los compinches de Ravachol. Es una víctima de la indiferencia y el egoísmo...

El buen Very, conduciéndose como un *yankee*, como un ciudadano del porvenir, *linchó* moralmente á Ravachol. Gracias á Very libróse París de la diabólica acción de aquel energúmeno de la anarquía, engendro híbrido con corazón de fiera y labios pintarrajeados de mujer liviana. En los Estados Unidos se habría premiado inmediatamente la salvadora iniciativa de aquel vecino digno; en todo caso no se le habría expuesto á la venganza de los perseguidos.

Pero París es la capital del egoísmo europeo. Very fué visitado por curiosidad como si fuera el mono con plumas en el rabo, que llama actualmente la atención en el Museo Británico. Después... nada; un

Very más, un tonto, un intruso, un *entrometido* que se había tomado el trabajo de salvar á una sociedad que se ríe de todo...

*
* *

Hay algo más horrible; Very, abandonado y medroso, va de puerta en puerta, como el Valjean de Víctor Hugo, pidiendo hospitalidad.

Quiere vender el restaurant y no puede; quiere traspasarlo, y tampoco puede; quiere, en fin, alejarse de allí, expatriarse de París, abandonar cuanto ama y admira, pero el gobierno no puede atenderlo con la premura que requiere el caso; hay que formar expediente, como en España, y tramitar el miedo justificado de aquel hombre. Los caseros, al verle, cierran las puertas de sus casas. Se evita su compañía por peligrosa; se le deja en el arroyo y á merced de las bombas anarquistas. Es un réprobo que inspira más desconfianza que Ravachol... Porque Ravachol tiene el valor del siniestro, y Very es un Orozco de la burguesía. — ¡ *Ecce Homo!*...

Y el pobre Nazareno, cargado con la cruz del odio anarquista, haciendo *el paso* del Calvario en la moderna Roma, — que espera entre risas y bromas la llegada de los bárbaros del Norte — sin hogar, sin restaurant, sin gobierno que lo proteja, viendo que se le niega el agua y el fuego, cae al fin, perseguido por la sombra de Ravachol, destrozado por la metralla, para purgar el crimen de haber dado una

prueba de valor moral en una sociedad cobardemente egoísta.

Con arreglo al sentido jurídico hay derecho para perseguir al autor del atentado contra Very. Con arreglo á la conciencia racional no hay un solo parisiense que tenga derecho á castigar al criminal. Very puede decir : — *Todos en mi pusisteis vuestras manos.*

EL ESCOMBRO

¡Siempre él!
 Se guillotino á Ravachol...
 ¡Él no se movió!
 Descubrióse á los autores del atentado...
 ¡Él no se movió!
 Se pintarrajeó la fachada del edificio...
 ¡Él no se movió!
 Está ahí por toda la eternidad...
 ¡Él no se moverá!...
 (La Liberté.)

I.

Sin embargo, se mueve. Da diariamente los cien pasos de ordenanza, para volver á darlos otro día con rigidez de autómeta, siempre igual.

— Ya estoy harto de contemplar el mismo horizonte... Ya no se justifica mi presencia en este sitio... ¿Hasta cuándo, Señor, hasta cuándo?

— ¡Hasta... *siempre!* Harás guardia « hoy como ayer, mañana como hoy », todos los años. Eres la sombra del miedo, del miedo que hace temblar de risa la joroba de Meunier. No importa que haya *caído*

Francis; falta el *otro*, el gordo, que tal vez se nos escape. Porque Francis es una persona — con familia, á mayor abundamiento de calamidades, — y Meunier no es una persona, es un rencor. No tiene familia, ni amigos, ni afectos; no tiene más que su joroba. ¡Y con una joroba sola se puede ir á todas partes!...

II.

Le he visto varias veces. La primera fué el 31 de mayo, pocas horas después de llegar yo á París. El restaurant me recordó el colmado de Morán, poco más ó menos; sólo que la calle de Peligros no es, ciertamente, el boulevard Magenta. La catástrofe estaba fresca todavía. Para ver el fondo del escombros hacía falta mirar por entre las rendijas de las tablas que tapaban la entrada del restaurant, semejante á una boca desdentada. En medio de una negrura de pólvora quemada aparecían grietas inmensas, calvicies del techo, hierros rotos y retorcidos como por mano de un genio infernal y todo poderoso. Desde el banco que está frente al restaurant, á pocos pasos de la entrada, yo veía al guardia hablando mucho con la dueña de la joyería que está pared por medio; señora joven aún, muy pálida, con la palidez propia de quien no se ha repuesto de un gran susto; y veía también el escombros... el cual no hablaba nada y lo decía todo.

Cuando quise recordar, había caído la tarde. La

señora estaba dentro del establecimiento con su cara de muerta pegada al cristal del escaparate, y el guardia, inmóvil en la acera, miraba fijamente un punto de la calle. Aquel punto deforme avanzaba poco á poco. No era precisamente un *punto*; más bien parecía una *coma* bailando la Carmañola. Primero aparecieron unas varitas negras, que eran lápices; en seguida unos brazos; después todo el cuerpo convulso de un hombrecillo raído y desmedrado, que llevaba colgante de los hombros una caja sujeta con correas. El hombrecillo, que se detenía á cada paso, temblando como un azogado, para secarse el sudor que le brotaba á chorros, como si cargara con un fardo muy pesado — que no era sólo el de la vida, sino el de la vida herida por la ataxia locomotrix, — gruñó mejor que dijo: *¡tengo sed!*... El guardia, inmóvil, seguía mirándole. En aquel momento apareció la señora pálida llevando en la mano un vaso de agua clara y hermosa...

III.

Muchas veces encontré en mi camino al hombrecillo de los lápices, saltimbanquis, según le llaman en el boulevard, y ni una sola dejé de recordar la impresión que me produjo aquel cuadro. No sé..., pero juraría haber visto que el escombros, agrandándose terriblemente, llenaba todo el boulevard de grietas inmensas, de hierros rotos y retorcidos en el infierno de la existencia; que aquel escombros reflejaba en todo París la silueta de unos lápices y

una caja colgando de un despojo vivo que daba saltos como un fantoche á quien le tiran de un cordelito, y que de aquel montón deforme surgía el mismo grito ; *tengo sed!* oído por mí la primera vez que contemplé la ruina del restaurant Very...

LA PERRERA DE DEIBLER

I.

La ejecución de la pena capital varía según las latitudes. En Persia es muy sencilla. El reo se arrodilla, los ayudantes del verdugo le atan las piernas, y el verdugo, que llega á paso de lobo, es decir, cautelosamente, agarra de la nariz al reo, le echa atrás la cabeza, como si fuera á hacerle la barba, y le abre la carótida con un corta plumas, tan afilado, que puede cortar un pelo en el aire.

En Teheran hay treinta verdugos. Son amigos del soberano del país; le acompañan á comer; juegan con él partidas de billar; le dan á todas horas la conversación; casi, casi, no se separan de su majestad, que es la cabeza de aquellos brazos. Sin verdugos no habría soberano en Persia. Son, pues, unas personas decentes, dignas, respetables...

II.

En Bombay el verdugo es superior á su especie;